



## EX DOCENTES DISTINGUIDOS DE LA UNIVERSIDAD

Víctor García de la Concha.  
CATEDRÁTICO EMÉRITO DE LITERATURA ESPAÑOLA

# “Estoy muy orgulloso de haber recuperado para la Universidad la Casona de Verines”

García de la Concha mantiene muy buenos recuerdos de su etapa como profesor. Asegura que le encantaba dar clases, y que “el trato con los alumnos siempre fue muy directo y cordial”. Subraya que sus grandes logros fueron la rehabilitación de la casa de indios de Asturias y la creación de las Academias Literarias Renacentistas.

BERTA BAZ | MADRID

**M**IENTRAS viva seguirá muy ligado a la Universidad de Salamanca”. Así de rotundo se muestra el catedrático emérito de Literatura Española Víctor García de la Concha (Asturias, 1934), quien durante tres décadas impartió clase en la institución ocho veces centenaria, y fue director de sus Cursos Internacionales. Son muchas las iniciativas que puso en marcha, y que ayudaron a dar proyección a la Universidad, por lo cual ha sido investido Doctor Honoris Causa. Ex director de la RAE y del Instituto Cervantes, es Medalla de Oro de la Ciudad de Salamanca, y ha sido reconocido con el Premio Castilla y León de Ciencias Sociales y Humanidades. Por su trabajo al servicio de la unidad de la lengua española, el rey Juan Carlos le concedió la Insigne Orden del Toisón de Oro, máxima distinción dinástica.

—¿Qué le llevó a dar clases en la Universidad de Salamanca?

—Yo era catedrático en Zaragoza. Allí estaba muy contento, había organizado un departamento de literatura muy bueno, pero se cruzó en mi camino Fernando Lázaro Carreter, buen zaragozano, del que me hice muy amigo. Él fue el responsable de que yo me trasladara a Salamanca. A raíz de la jubilación de César Real de la Riva me insistió en que fuera a sustituirle. A pesar de vivir ya en Madrid, él

conocía muy bien la Universidad salmantina, y me convenció para concursar y logré la plaza. Tengo que reconocer que en el año 1978 Salamanca me recibió con los brazos abiertos. El mismo día que tomé posesión ya me encargaron que asesorara en la compra de parte de la biblioteca de los jesuitas de la Clerencia.

—¿Cómo era su día a día como profesor?

—Me encantaba dar clases, y creo que lo hacía de manera amena. No estaba todo el tiempo en la tarima junto a la pizarra. Me gustaba pasear entre las mesas y charlar con los estudiantes. El trato con los alumnos siempre fue muy directo y cordial. Cuando tenía un momento de descanso me acercaba a tomar un café a la Rúa. Ese momento lo compartía con profesores de Filología, pero también de Derecho ya que la antigua facultad estaba entonces cerca de la Catedral.

—Compaginaba la docencia con la dirección de Cursos Internacionales. ¿Tenía tiempo para todo?

—Me entregué a la labor que se me había encomendado, sin dejar nunca de dar clases de literatura española, con esfuerzo y constancia. En aquel entonces el recordado Eugenio de Bustos dejó la dirección de Cursos Internacionales y el rector Pedro

dejando perder una de las casas de indios más bonitas del conejo de Llanes, ubicada en Pendueles. Yo no sabía de qué me hablaba, pero informé al rector que me comisionó para que fuera a verla. Efectivamente la casa pertenecía a la Universidad, es preciosa, y a pesar de encontrarla en mal estado pudimos arreglarla y acondicionarla para impartir cursos. La bautizamos como la Casona de Verines.

—¿Lo considera uno de sus mayores logros?

—Diría que sí. Allí organicé los encuentros de escritores y críticos de las lenguas de España. En el año 1983, el ministro Javier Solana me pidió, ante la proximidad del cambio de milenio, que celebrara en Salamanca un congreso de intelectuales. Ya estaba entonces el milenarismo en perspectiva. Con compañeros de la facultad, tuve la inestimable ayuda de Emilio de Miguel entre otros, invitamos a representantes de las lenguas de España. Si se repasa la prensa de la época se incide en la relevancia y buen acierto de Salamanca a la hora de tender lazos entre las lenguas de la nación. Resultó muy bien, y se tomó la decisión de que la Casona de Verines acogiera a partir de entonces en el mes de septiembre encuentros similares. En todos estos años no hay escritor importante de alguna de las cuatro lenguas reconocidas en este país que no haya pasado por Verines. Esos encuentros son muy importantes, y para mí inolvidables. Sin duda una de las experiencias más hermosas. En Verines se han gestado muchas publicaciones y proyectos que ahora son referencia imprescindible en los estudios literarios y en las bibliografías.

—¿Es necesario un mayor diálogo entre las lenguas de España?

“España cuenta con una gran riqueza lingüística y cultural, tenemos que sentirnos muy orgullosos de ello”

Amat me llamó para que yo me ocupara. Estuve seis años en este cargo, y puse en marcha muchas iniciativas. Resultó una buena decisión extender la docencia, que antes se inscribía de septiembre a junio, a los meses de verano. Se me ocurrió organizar unos cursos de inglés para los hijos de los profesores y los trabajadores de la Universidad, y ampliarlo a otros estudiantes.

El primer año lo hicimos en Béjar, en Llanos Alto, pero ya el segundo cambiamos de ubicación a raíz de una llamada que recibí de mi amigo Pedro Jordán. Me ‘recriminó’ que la Universidad estuviera



## Ficha

**Cátedra:** Literatura española.

**Docencia en Salamanca:** De 1978 a 2007.

**Una comida:** El hornazo.

**Un rincón de la ciudad:** Tengo una colección de rincones.

Uno de ellos es la fachada de San Esteban, cuando le da el sol de cara.

**Una afición:** Soy un paseante.



## EX DOCENTES DISTINGUIDOS DE LA UNIVERSIDAD

ña?

—España cuenta con una gran riqueza lingüística, tiene cuatro lenguas, cuatro culturas, y tenemos que sentirnos muy orgullosos de ello. Todo lo que ahora está ocurriendo en Cataluña, que antes pasó en el País Vasco, muestra la necesidad de diálogo. Cuando empezaron a celebrarse los encuentros de Verines, por ejemplo a los escritores vascos nos los conocía nadie, incluso alguno acababa de salir de la cárcel. Gracias a ello se dieron a conocer y les ayudó a ir a otros eventos en distintos puntos del país. Dirigi estos debates durante 16 años, hasta que me nombraron director de la Real Academia Española, y tuve que dejarlo porque no podía compatibilizar ambas cosas.

—¿La demanda por aprender castellano es creciente?

—Sí, pero se está reduciendo el número de alumnos de la enseñanza presencial, y está creciendo el mundo de la certificación del conocimiento de las lenguas, y es conveniente dar respuesta a esta gran demanda. Siendo director del Instituto Cervantes, la Universidad de Salamanca, la Universidad Nacional Autónoma de México, la Universidad de Buenos Aires y el Cervantes pusieron en marcha el Servicio Internacional de Evaluación de la Lengua Española, con el fin de ofrecer un título facilitador: el SIELE.

—El antiguo edificio del Banco de España se prepara para hablar español. ¿Qué opina?

—Es lógico que la Universidad apueste con fuerza por los cursos de español para extranjeros, y me parece idóneo que se destine el antiguo edificio del Banco de España, ahora en desuso, para ello. Espero que pronto se pueda inaugurar. La expansión de los cursos de verano fue posible gracias a la ayuda de Julio Borrego, José Gómez Asensio, Emilio Prieto de los Mozos y Juan Felipe García Santos. Cuatro grandes compañeros y amigos que me ayudaron a poner en marcha 'Viaje al español', un curso que hizo TVE en la línea del popular curso de inglés 'Follow me'. Entonces nos instalamos en un piso que nos dejó la Caja de Ahorros. Esa iniciativa consagró a Salamanca como la primera ciudad española en la enseñanza del castellano. Ahora ha de abrirse a las vías de la técnica digital que revolucionará la enseñanza.

—Entre sus preferencias literarias, ¿se encuentra el Renacimiento?

—Siempre me ha interesado mucho la literatura renacentista, y si buscamos una Universidad pionera en ello esa es, sin duda, Salamanca. Basta recordar a Fray Luis o a Nebrija. Junto a Fernando Lázaro, Francisco Rico, Carmen Codoñer y Eugenio de Bustos promovimos la creación de las Academias Literarias Renacentistas, que tuvieron un notable éxito. Invitamos



Arriba, el que fuera director de los Cursos Internacionales, en 1991 en el acto en el que se distinguió a San Juan de la Cruz Doctor Honoris Causa por la Universidad de Salamanca. La iniciativa partió del propio García de la Concha. A la derecha, arriba Víctor García de la Concha recoge en el año 2000 el premio Príncipe de Asturias de la Concordia, concedido a la RAE. Abajo, García de la Concha junto a Rajoy y su buen amigo Lázaro Carreter, 'culpable' de su llegada a Salamanca.



“Viaje al español” en TVE consagró a Salamanca como la primera ciudad española en la enseñanza del castellano”

a los grandes especialistas no solo españoles, también de Europa y América. Es otra de las iniciativas que recuerdo de manera más especial y con más cariño. Esas academias se han convertido hoy en el Instituto de Estudios Medievales y Renacentistas, que dirige mi buen amigo Pedro Cátedra, cuya sede está en la casa Dorado Montero. Tiene un espléndido quehacer, en relación a una de las épocas más brillantes de la literatura. Me hubiera gustado que se hubiera conservado la casa de Nebrija. Yo todavía llegué a conocer las ruinas de la casa en la que vivió, que se encontraba en la calle Libreros, y en este lugar colocamos una lápida que la recuerda.

—¿Cómo valora la situación de la Universidad salmantina?

—Sin duda es un momento de cambio en todas las universidades. Hay una crisis del modelo universitario, tampoco ha beneficiado la crisis económica de los últimos años, pero es una crisis generalizada que no sólo afecta a Salamanca. Con ocho siglos de historia la Universidad tiene que tener muy claras sus

apuestas. En el campo de la enseñanza del español a los extranjeros, la Universidad salmantina sigue siendo pionera; pero hay otras facultades que son punteras en sus materias.

—¿Echa de menos dar clases?

—Muchísimo. Soy un profesor nato. Habré dado clases a miles de alumnos, y me imagino que muchos me recordarán. A mi mujer, Ana María Álvarez Pellucero, profesora de literatura española, también le apasionaba como a mí dar clase. Hace dos veranos me ocurrió una anécdota muy simpática. Paseando con ella por la calle Compañía nos encontramos con un grupo de chicos, y uno de ellos se dirigió con efusividad hacia mi mujer llamándola 'profesora, profesora...'. Era un antiguo alumno, y al preguntarle a que se dedicaba nos dijo que estaba de profesor en el Cervantes de Praga. Yo en ese momento era el director del Instituto Cervantes, pero él dijo que a quien quería saludar era a mi mujer, su antigua profesora (risas).

—Tiene material para escribir un libro sólo con anécdotas...

—Tengo muchas. Han sido muchos años. Recién llegado a Salamanca recibí una llamada del presidente de la Fundación March, José Luis Yuste, con el fin de ayudarme a localizar para una exposición un cuadro del pintor estadounidense Robert Motherwell que era propiedad de la Universidad de Salamanca. Empecé a hacer gestiones, pero nadie sabía nada. Averiguamos que cuando se produjo

“El nombramiento de Doctor Honoris Causa supuso la culminación de mi trabajo por la Universidad”

el cambio democrático en la península, el artista había donado un cuadro a la Universidad de Coimbra y otro a la de Salamanca como símbolo del renacimiento de la democracia en la península ibérica. El de Coimbra sí estaba localizado pero descubrimos que el de Salamanca lo tenía depositado un marchante de Nueva York, y que se podía recuperar. El pintor, acompañado de Rafael Alberti, vino a Madrid al acto de entrega. El cuadro de Motherwell se puede admirar en el salón principal del Rectorado.

—¿Cuándo puso fin a su etapa como docente?

—Cuando me nombraron académico de la RAE no dejé de dar clases en Salamanca. Impartía clases los lunes y los martes por la mañana, y me iba a Madrid el resto de la semana. Pero cuando me eligieron director de la Academia me cambió la vida, y tuve que dejarlo. Una mañana, sin esperarlo, recibí una llamada del rey Juan Carlos, alto patrono de la RAE, para encargarme que dedicara mis energías en lograr que todas las academias

americanas formasen con la española una sola. A partir de entonces me volqué en ello. Hice 54 viajes transoceánicos, y en cada uno visitaba tres países. Me encontré con que algunas academias no tenían sede, y que estaban escasas de fondos, pero existía un convenio de Bogotá de 1960 por el cual todos los gobiernos americanos se comprometían a dotar a su respectivas academias de un edificio noble y de un presupuesto digno. Con el salvoconducto del rey, que me abrió muchas puertas, me entrevisté con los presidentes de cada país para mostrarles dicho convenio. De esta manera fuimos rescatando casas nobles como sede, y empezamos a trabajar en conjunto en lo que se llamó política lingüística panhispánica. Y es que todo lo referido a la lengua no es propiedad de España, es de todos los países que hablan español.

—En 2015 el Claustro aprobó su nombramiento como Doctor Honoris Causa. Mucha satisfacción, imagino.

—Aunque he recibido una docena de nombramientos de América y España, para mí supuso la culminación de mi trabajo por y para la Universidad, y reforzar los vínculos con la ciudad. Un vínculo que viene derivado de mi total entrega. Mientras viva estaré muy ligado a Salamanca. Actualmente sigo actuando con frecuencia. Mantengo abiertos los despachos de mi casa de Madrid, y el de Salamanca. Hoy en día estoy trabajando para la RAE en la coordinación del libro de estilo de la lengua española.